

Contra la confusión

ANTONIO GARCIA-TREVIJANO

Subsocialismo, subfascismo, subnacionalismo

Todavía no comprendemos bien lo que ha sucedido en Italia. Tampoco parecen saberlo los italianos. Aparentemente, las cosas de la política son sencillas de entender. Una lucha por el poder en el Estado entre distintas ambiciones. De personas, de clases, de categorías sociales. El asunto se complica cuando intentamos averiguar el sentido que tiene, para la sociedad, esa competencia entre individuos concretos, apoyados en ideas abstractas y grupos sociales indefinidos, por ocupar los cargos del Estado. Que sigue siendo la fuente primordial de seguridad social para muchos, de represión para bastantes, y de honores o riquezas para algunos. Si miramos lo que pasa en Italia, desde esta lejana perspectiva, tal vez no lleguemos a percibir el refinamiento íntimo de las situaciones locales, pero al menos no cometeremos el error de atribuir significados anacrónicos a fenómenos nuevos. Como hacen los medios de comunicación, al reducir el caso italiano a un resurgimiento de las ideologías que intentaron orientar, en sentidos divergentes, el desarrollo industrial y el crecimiento económico. El hecho de anteponer el prefijo «neo» a viejas denominaciones, además de no explicar en qué consiste lo nuevo, delata la dificultad que entraña entender lo que pasa en el presente con simples referencias a las ideologías del pasado.

La Liga Norte impulsa los tradicionales sentimientos de superioridad de la Italia continental sobre la península, en sentido inverso al que produjo, con Cavour, la unidad italiana. No se trata pues de un nacionalismo expansivo que pueda degenerar en fascismo, sino de un movimiento de retracción defensiva ante la ruina moral y material del Estado de partidos. Por ello es de carácter conservador y «subnacionalista». Y guardaría una cierta semejanza con el subnacionalismo catalán si no fuera porque éste, a diferencia de aquél, necesita para crecer aumentar la debilidad del Estado de partidos, sin destruirlo. El partido ex comunista tiene la originalidad de ser un subproducto interesante de los dos procesos de rechazo social, del comunismo y de los partidos estatales, generados en Italia con la disolución de la guerra fría. Sus administradores profesionales han tenido la habilidad de cambiar de nombre comunista y de apellido partitocrático, para entrar en la Internacional Socialista y salir del ruinoso Estado de partidos en el último minuto. Con esta doble renuncia, por su doble «ex», se ha presentado ante los electores como el partido de (no del) Estado capaz de interpretar la necesidad histórica de su reforma democrática. Lo que ha triunfado en las urnas no es un producto ideológico neosocialista para la reforma social, sino un instrumento «subsocialista» para transformar el Estado de partidos en un Estado democrático. Y en esto se diferencia de la IU española.

Operando en sentido paralelo y opuesto, también ha sucedido algo parecido con el nostálgico Movimiento Social Italiano. Que ha canalizado, como hizo la espontaneidad del «primer tiempo» del fascismo de 1922, los sentimientos populares de frustración ante la impotencia parlamentaria del Estado de partidos, frente a la corrupción de la política por los magnates del Norte y las mafias del Sur. Sin acción directa, sin doctrina orgánica, sin jefe carismático, sin clase media miserable, sin miedo al obrerismo, es abusivo hablar del resurgimiento de un neofascismo en Italia, como lo sería en España respecto al Partido Popular, por el hecho de que millones de votantes hayan utilizado la única plataforma, fundada, eso sí, por fascistas, que podía frenar la victoria de los subsocialistas «rojos». Pero sería una torpeza no comprender el carácter reaccionario de este movimiento «subfascista», frente a la partitocracia, que no tiene el Partido Popular porque está instalado en ella. La ausencia de alternativa democrática al Estado de partidos ha producido la paradoja de que tenga que ser suplida con subsocialismos, subfascismos y subnacionalismos. Veremos.

TRIBUNA LIBRE

Asustados ante el GATT

[TIM LANG Y COHN HINES]

CREEN ustedes realmente en ese cálculo que tanto se cita acerca de lo que ocurrirá después del Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT): un crecimiento del mercado de doscientos setenta mil millones de dólares, millones de nuevos puestos de trabajo, potenciación de la confianza internacional y comienzo del final de la crisis? Harían bien en mostrarse escépticos. Repartido entre los habitantes del mundo, ese cálculo se queda sólo en cuarenta dólares anuales per cápita. Es muy vago en cuanto a los puestos de trabajo y se calcula para dentro de diez años, no para el día después de su firma, el 15 de diciembre.

De firmarse, se eliminarán las barreras a la importación y los puestos de trabajo que peligran a causa de la competencia internacional se desplazarán con mayor rapidez aún desde los países de altos costes laborales a los países donde la mano de obra es barata. Aunque la agricultura ha copado los titulares, en la gama de sectores que este nuevo GATT reestructurará figuran el del acero y el textil, los bienes manufacturados, la electrónica, los servicios y la propiedad intelectual (las patentes).

Este último avance motivó hace dos meses que medio millón de agricultores indios manifestase su protesta. Para que luego digan que el GATT es bueno para el Tercer Mundo.

Se suele decir que el futuro de los países desarrollados está en las industrias de tecnología avanzada. En cuanto a los trabajos pesados, que los hagan el Tercer Mundo y la Europa oriental. Además del racismo, lo que esta generalización mal enfocada pasa por alto

es que ya están desapareciendo puestos de trabajo de baja, media y alta tecnología.

La programación informática y los servicios de software se fundamentan fácilmente en las «zonas de exportación electrónica». Se ha dicho que empresas como el National Westminster Bank, Abbey National, British Telecom, Procter and Gamble y London Transport utilizan, directa o indirectamente, programas informáticos indios. Casi todos los programadores indios ganan menos de tres mil dólares al año y hay muchos países del Tercer Mundo

y la mayor permisividad de la normativa medioambiental.

El verano pasado, la comisión especial sobre traslados de la Asamblea Nacional afirmó que el actual paro que padece Francia es resultado directo de la ubicación de fábricas en países del Tercer Mundo cuyos salarios son una fracción de los que se pagan en Francia. Vaticinó que durante los próximos diez años habrá en Francia de tres a cinco millones más de parados. Aunque se trata en buena parte de un farol, es suficiente para asegurar que la disciplina competitiva seguirá reduciendo en Europa los salarios reales, la protección social y las normas medioambientales.

Sin GATT, se calcula que en el año 2010 harán falta veinticinco mil nuevos puestos de trabajo para afrontar el 15 por ciento de crecimiento de la mano de obra europea. Si uno tiene posibilidad de dar empleo a una mano de obra igualmente cualificada en una economía de salarios altos o en otra de salarios bajos, ¿dónde es más lógico instalarse? Nada tiene de extraño que las mil principales empresas del Reino Unido hayan eliminado un millón y medio de empleos durante los doce meses anteriores al pasado marzo. Estas empresas presionan para que se firme el nuevo GATT. Gran Bretaña está siendo «gateada».

Una de las muchas razones que nos volvieron escépticos con respecto al GATT fue el darnos cuenta de que sus supuestos de libre comercio no encajan con el mundo moderno. Adam Smith supuso que los países se especializarían desde la base del capital de la nación. Al no existir control sobre los capitales, las grandes empresas pueden recorrer el mundo a capricho. Y así es. En lugar de Acuerdo General sobre Aran-

«Al no existir control sobre los capitales, las grandes empresas pueden recorrer el mundo a capricho»

que cuentan con mano de obra muy especializada y todos intentan quitarles terreno a los demás.

Por supuesto, la industria europea es muy consciente de esta evolución. Un reciente estudio de diez mil empresas grandes y medianas de Alemania puso de manifiesto que una de cada tres tiene intención de trasladar alguna de sus actividades a la Europa oriental o Asia durante los tres próximos años. Los motivos aducidos eran el menor costo de la mano de obra

CARTAS

Las cartas enviadas no excederán de veinte líneas mecanografiadas. EL MUNDO se reserva el derecho a resumir o refundir los textos. EL MUNDO podrá dar contestación a las cartas dentro de la misma sección.

El trabajo de Angeles Caso

Sr. Director:

Deseo rectificar las informaciones publicadas, en el periódico que usted dirige, el pasado 3 de diciembre, en las que se afirmaba que he permanecido alejada de la actividad profesional desde que abandoné los Servicios Informativos de TVE hasta que, recientemente, después de asistir a un encuentro del presidente

del Gobierno con mujeres progresistas, se me confió la conducción del informativo cultural de Radio Nacional de España *El Ojo Crítico*.

En ningún momento he dejado de trabajar como periodista: por desgracia —y como casi todo el mundo— yo todavía necesito comer. Desde que me fui voluntariamente de TVE en 1987 he trabajado sin interrupción en la Cadena SER, Radio 5 y Radio 1 de RNE, y he sido colaboradora de diversos medios de prensa escrita: *El País*, *El Sol*, *El Periódico de Cataluña*, *Elle*, etc. El encuentro con el presidente del Gobierno

mencionado y al que, en efecto, asistí, tuvo lugar en el mes de junio pasado. Mi actual trabajo en el equipo de *El Ojo Crítico* lo vengo desempeñando desde el mes de febrero anterior. Por cierto: le aseguro que éste no es un programa nada, pero nada estelar. Usted sabe, me consta, que la cultura es más bien cosa de minorías y, en general, escasamente pagada. Sin duda su periodista ha debido de equivocarse. Doy por supuesto que sin mala intención.

ANGELES CASO
Madrid

De los negros a los feos

Sr. Director:

En las recientes manifestaciones sindicales en Madrid, vi repartir un folleto antirracista con este slogan: «¡Ojo al racismo! Empieza con los negros, y termina con los... feos».

En forma popular, me parece que eso es poner el dedo en la llaga. La solidaridad contra el racismo no es sólo una cuestión de ética.

Todos pertenecemos, o podemos llegar a formar parte de grupos que, si toleramos otros precedentes, podrían ser cada vez más discriminatorios